

Laura Antillano

UNAS SON DE AMOR



CARAVASAR LIBROS

Laura Antillano

Unas son de amor

CARAVASAR LIBROS

LAS PIERNAS DEL BLUE-JEANS

“Qué triste es quedarse para siempre
en cualquier sitio”

Teresa de la Parra

“Me acuerdo de haber sido
laurel-rosa y pez mudo”

Pitágoras (s. IV a. de C)

“Enfurécete cuantas veces quieras,
pero no te desmayes”

Jane Austen

Ahí las cuerdas con la ropa recién lavada, ahí mi blue-jeans esperando los rayos solares, aquí, en este patio con este adiós.

La abuela dijo: Igualita que en su Primera Comuni3n, “igualita...” y nos asustamos: hacfa tiempo que s3lo levantaba la manguera y nos regaba a todos como si fu3ramos flores, pero de golpe tiene l3cida mirada y sabe que yo soy Ana y mi hermana Beatriz, y que ella es la abuela... Pero no: despu3s que dijo Igualita que en su Primera Comuni3n, se volvi3 al patio, para regar a los vecinos con la manguera.

Mamá me trata como si fuera a morirme: En unos a3os m3s y ya este corte princesa no enseñará ninguna cintura de avispa, y me mira triste... Entonces me vengo al patio y ahf est3n mis blue-jeans en las cuerdas, como si no se dieran cuenta de nada, levantando las piernas a cada volar del viento, y azules como el mar azul, azul fuerte de tela dura para lavar.

El ruchadito del vestido me molesta, mamá est3 feliz con el encaje, pero a m3 me molesta, ¡qu3 desperdicio! Vestido para una noche y de paso molesta.

La gata Natacha se me cuela entre las piernas y arrastra su pelambre frot3ndome como si se diera cuenta de este adi3s: y la Beatriz tambi3n cree que voy a morirme porque ya me pidi3 mi casete de los Bee Gees, porque como ya no lo vas a escuchar, dijo, y que: Porque ya no lo vas a escuchar... ¡como si yo fuera a quedarme sorda y no a casarme! Y quiere mi foto de Baryshnikov, y ella dice: Bueno, pero t3 tienes a tu Roberto... Ahora no vas a mirar a nadie m3s, y ¡me aterro! Ahora cree que me voy a quedar ciega, sorda y ciega, ¡pero no le voy a dejar la foto de Baryshnikov, me la llevo y en alg3n sitio la pongo, ella dice,

Roberto se va a ofender, y yo me quedo pensando, no sé, ese bailarín chiquitico del Baryshnikov, con sus ojos penetrantes no tiene nada que ver con mi Roberto, entonces le digo a la Beatriz: No, Roberto no se molesta porque por mí, él puede llevarse su foto de Olivia Newton John y ponerla en algún sitio también. Y ¿qué tienen que ver Baryshnikov y Olivia Newton John con todo esto, con este adiós?, lo que pasa es que Beatriz no quiere decir lo que debería, pero no importa, mejor así.

Saco los papeles de la gaveta en nuestro cuarto y los reviso, con la mirada de ella filtrándoseme, con los días en esta habitación, con las ramas del cocotero en la ventana, con las láminas de geografía pegadas en la pared, con su colección de estampillas, como mi oso de peluche gastado y sucio, y la miro... miro a la Beatriz, y me da hambre y sed, y me salgo al patio para, otra vez, frente a las piernas de mi blue-jeans colgadas, ponerme a llorar.

Mamá dice que aguante la respiración mientras sube el cierre, me da un pañuelito y, mira que coquetería, el mismo encaje que llevaba la falda del vestido, un pañuelito... será para llorar, no sé, me dice y se voltea, yo sé que no quiere mirarme a la cara. Lo único que hay que llorar es lo que pica este vestido, mamá ¡eso es lo único! Y le bajo el cierre y me lo quito rápido.

La abuela llama desde su cuarto: ¡Mamá, mamá, ven a arroparme!, y yo entro y la veo metida en la cama, está tan arrugadita que parece una flor marchita de días, la arropo y redigo: Bueno, duérmete tranquilita, y ella: Dame la bendición, Dios te bendiga, miamor, la abuela está de metra con la arteriosclerosis, pero ya nos acostumbramos todos: entre las regadas inesperadas con la manguera y ese andar por el jardín apuradita como si estuviera a punto de hacer una

travesura siempre. El otro día se metió en la cocina cuando yo tenía la licuadora a toda velocidad (ligando melón y piña para la dieta del martes), cuando entró parecía una momia egipcia, seria, mecánica; yo sostenía la tapa de la licuadora y la miraba a ella esperando un parlamento histórico, lo peor fue que ocurrió, porque me dijo, muy solemne: Nos engañaron a todas, nos engañaron y nos van a seguir engañando. Solté la tapa de la licuadora y los pedazos de piña y melón volaron (no sé cuándo es que van a mandar a reparar estas cosas en la casa). La seguí a la abuela y le dije: nos engañaron ¿en qué? ¿cuándo?, el nos, el fulano: NOS, donde me incluye y pluraliza ¡me enferma!, pero le vi los ojos y ya supe que la abuela acababa de sintonizar otra emisora: iba directo al patio a buscar la manguera, tenía los ojos de muchachita traviesa en lugar de los de momia-filosófica de antes.

A veces siento que Roberto y yo miramos el mundo como desde un balcón: el mundo es una masa-mazamorra en donde se levantan cosas duras, estables, para no sentir el mal olor, lo que flota de fondo... mejor la silla de extensión con la lona a rayas y el farol de la calle Comercio: allí se gestó todo entre Roberto y yo, ese es nuestro espacio, allí supe de sus miedos y los míos, de la casa de putas y el terror retratado en los ojos y en las maneras del: póngase la servilleta sobre las piernas, no fume entre comidas, y no le agarre la mano a la novia frente a las visitas, allí supe de todo lo que él no sabía y allí le expliqué lo de la regla y esa desazón, ese desvarío.

Mi mamá anda misteriosísima con una fulana conversación que deberemos tener, dice, ya me lo sospecho, ¡pobrecita! hay tantas cosas que ella se va a

morir sin saber y que ya yo sé ¡pobrecita!, vengo, y aquí en este patio, mirando mis blue-jeans secándose, estoy mejor que en ninguna parte. El viento eleva las piernas y todo es azul.

Ayer perdí el autobús dos veces: me subía, veía a Roberto parado en la acera y ya me bajaba por la puerta de atrás para besarlo otra vez.

Le pusieron al patio cadenas de papel de seda y la tía prepara el “chantilly”: a la novia no la puede ver el novio antes de la ceremonia. Me encanta el peso del cuerpo de Roberto sobre el mío, el roce de su piel, esa presión, es muy raro pero uno no siente peso, siente piel, el encuentro, y todo es liviano, húmedo, y flota, conozco cada fragmento de su cuerpo y parece que aprendiera a quererlo precisamente a partir de entender que está cicatriz es una caída del columpio a los siete años, y esta marca es de cuando se quemó con la plancha, y ese lunar es el que tiene su tío Raimundo en el mismo sitio.

Ya mamá tuvo la conversación que quería conmigo, me aterricé, ¡no puedo creer que ella tenga una idea tan triste de la cuestión!, pero no dije nada, traté hasta de poner mirada de asombro, no sé si se me notó algo, pero ella se fue con una cara de preocupación para la cocina.

La abuela quiere que le lleven una taza de leche caliente a la cama, mamá la prepara colocando la pequeña paila sobre la hornilla, vertiendo la leche con riguroso cuidado, y parece que acariciara la cuchara cuando la usa para dar vueltas al líquido.

Yo la miro desde aquí, sentada en el pretil, puedo divisar la cocina y a ella dentro en sus movimientos lentos, hasta que llena la taza, la coloca sobre el plato y se va al cuarto de la abuela, se acerca a la cama, se sienta, y con el plato sobre sus piernas acaricia los cabellos de la abuela que en

estos momentos es una niña y no abuela ni mamá. Entonces, yo regreso mis ojos para posarlos sobre este cielo abierto, inmenso, en donde las piernas de mi blue-jeans siguen flotando con el viento de atardecer, y en medio de las nubes apretaditas creo encontrar los ojos de Roberto, reviviendo esta complicidad nueva, este salto secreto, que nos hace mirar el mundo desde la baranda de un balcón.

¿Por qué mamá me habla como si fuera a morirme...?

NACIDA PARA PERDER

*“Sure, I got a past– the– gutter
¡But I ot a future too! I’m
going to take what I can get–
until they get me!..”.*

James Cagney como Rocky
en **Los ángeles con caras sucias**

Toma americana de él encendiendo el cigarrillo con el gabán gris puesto y ese gesto displicente de su brazo, mano en el bolsillo.

Close-up para que el espectador descubra los ojos achinados y las cenizas del cigarrillo cayendo disueltas, el sombrero ladeado ligeramente sobre el ojo derecho y la cinta de satén negra alrededor.

Panorámica de un puerto cualquiera en una ciudad cualquiera a las once de la mañana. Playa fría (podría ser el Pacífico).

Él, el Humphrey Bogart, espera la aparición de la chica que le dará la clave para resolver el enigma; mientras tanto aspira a grandes bocanadas su cigarrillo y el humo flota convirtiéndolo en una nube grisácea o azul.

El Humphrey piensa en un importante principio rector de la conducta de su Phillip Marlowe: –“No enamorarse de la protagonista en las primeras de cambio, porque de hacerlo el caso no será resuelto”.

En el fondo del horizonte: mar inmenso: allá a lo lejos, cuando algunas gaviotas se posan sobre los pilares del muelle, colocándose rígidas con la mirada al vacío, como dispuestas a la fotografía, Humphrey logra distinguir una figura diminuta que viene en su dirección.

Toma americana de la chica: ella tiene un vestido blanco con encajes al borde de la falda. Ella tiene unos ojos grandes que le comen la cara (aquí deberíamos hacer un *close-up* para señalar el detalle de sus ojos).

Con un *traveling* damos la caminata. Ella es muy tímida y camina con pasos muy cortos y una manifiesta inseguridad.

Subjetiva de la chica sobre Humphrey.

Plano medio de éste con el fondo del muelle.

Close-up de Humphrey, quien devela una sonrisa debajo del ala del sombrero, puesto que acaba de descubrir algo que podríamos llamar la insignificancia de la chica. (Perdónense los términos abstractos en la descripción de la imagen. La mano que escribe aún no ha aprendido a liberarse de ellos).

La sonrisa de Humphrey parece decir: –¡Ah, no! Sí ésta es la chica voy a resolver pronto el asunto y no existirá ninguna posibilidad de que mis sentimientos hacía ella y el trazado de mis estrategias se confundan y no podamos resolver el acertijo.

La chica en cambio, *toma americana* de ella, parece estar pensando algo tridimensionalmente distinto. (Aquí el escritor se siente en la obligación de hacer aclaratorias al director de la película y al lector: Lo de tridi... viene de tres, como es obvio:

a) La chica piensa que el tipo es de “armas tomar”.

b) La chica sabe que tendrá que colaborar en la resolución del caso poniendo en juego sus conocimientos o destrezas, única razón por la cual el tipo la ha buscado.

c) La chica tiene el temor evidente, enfermizo, febril, de que después de esta misión quede prendida del tipo siendo ignorada por éste.

Señalada la tridimensionalidad de su pensamiento continuamos en la descripción de las escenas).

Panorámica general: deberá verse el muelle en todo su esplendor, el sol de las once ya se ha convertido en el sol de las dos de la tarde. Un barco hace sonar su bocina fangosa, los pitos de las fábricas llaman a la entrada al trabajo, el cielo comienza a mancharse, distinguiéndose ahora zonas rojizas.

La temperatura sigue bajando.

Toma americana de la chica, quien viene caminando al mismo paso por la vía del muelle en dirección a Humphrey Bogart.

Primer plano de la parte superior de su vestido, en el que descubrimos rasgaduras tenues, las que permiten entrar líneas de viento a su cuerpo. (Repentinamente la chica cruza los brazos para protegerse del frío, tiembla ligeramente. El viento desordena su cabello). *Primer plano* del encaje al borde de la falda, éste deberá desprenderse y ser volado por una ráfaga.

Toma americana de Humphrey, quien estará recostado de uno de los pilotes del muelle, en donde en escenas anteriores se había posado una gaviota.

Close-up: Humphrey enciende un cigarrillo como si guardara un secreto, acercando mucho el encendedor a su rostro pero sin quitar los ojos de la chica que camina en su dirección.

Subjetiva de Humphrey sobre la chica. El vestido de ella ha seguido rasgándose, da señales de tener mucho frío apretándose los brazos sobre el pecho.

Primer plano de los ojos de la chica: los que serán muy tristes, atterradoramente tristes. Pareciera que la chica en lugar de venir a encontrarse con un tipo con el cual realizará la importante misión de develar el caso, se dirigiera al mismísimo patíbulo.

Close-up de Humphrey Bogart: siguen cayendo al piso las cenizas de su cigarrillo.

Primer plano de sus ojos: son ojos que no dicen nada. Superficies de cristal ahumado, oscuras, enigmáticas.

Panorámica general: El sol ha desaparecido y el anochecer se apodera del muelle. Apenas se distinguen las dos figuras humanas en el horizonte. La una, inmóvil (la de él). Ella continúa caminando, aterida, yerta...

Con *un dolly-in* señalamos que continúa en la vía hacía él.

(Aclaratoria del escritor: los sentimientos de la chica son absolutamente contradictorios, tiene enormes deseos de llegar, necesita estar cerca de ese quien en el transcurso de estas últimas horas y a través de un mirarse interminable cree conocer a cabalidad, pero al mismo tiempo tiene en su corazón un inmenso temor: sabe que este encuentro puede volverse desgarrador, calcinante, interminable, puesto que para él ella sólo será esa mancha pequeña, diminuta mancha blanca en el horizonte del muelle que viene a cumplir una misión como profesional colaboradora. De hecho, con el *travelling* y el *dolly* hemos demostrado que quien camina hacia él es ella. El Humphrey cumple con esperar, aspirando grandes bocanadas de su cigarrillo).

Hecha la aclaratoria volvemos a una *panorámica general* interminable, puesto que es medianoche, ha oscurecido totalmente, sólo existen dos puntos en el horizonte del muelle. Nos acercamos y tomamos un *plano americano* de la chica y descubrimos que de su traje blanco sólo quedan algunas tiras, de sus ojos corren lágrimas silenciosas, sobre su piel se distinguen finas rasgaduras.

En *cámara lenta* filmamos su caminata interminable y finalmente *congelamos* su mano levantada, la cual parece tratar de romper definitivamente la distancia que la separa de él, sin conseguirlo puesto que el Humphrey sigue aspirando su cigarrillo con la mano metida en el bolsillo del gabán, y esa mirada con sus ojos que no dicen nada. Superficies de cristal ahumado, sin brillo, sin matices.

**UN IMPOSIBLE ESPINOSO
HORIZONTE MARINO**

Siempre fui una niña tranquila y taciturna, ello trajo como consecuencia que lo que vivía como estado de ensoñación se convirtiera, para las maestras y para otros adultos también, en una especie de patente de curso para ayudarles a “meter en cintura” a otros niños más díscolos o, simplemente, menos tímidos que yo.

Nadie se detuvo a considerar que, probablemente, yo sentía una fuerte atracción por ese tipo de niños, que sin ton ni son se atrevían a ser y decir todo aquello que me asombraba o que mi natural cohibición me impedía ejecutar.

Así fui creciendo entre maestras que “me ponían como ejemplo” frente al grupo, por mis prolongados silencios, sin saber nada sobre la gran distancia que hay entre un silencio asumido y la imposibilidad de hablar, o mi supuesta naturaleza sumisa a la hora de ejecutar sus órdenes (cosa que en realidad nunca hice, puesto que para mí se trataba de una especie de “seguirles la corriente”, lo que me permitía pensar en lo que deseaba y ejecutar en mi espíritu una suerte de malabarismo, absolutamente desligado de los propósitos de todos estos adultos llenos de reglas y esquemas elementales). Mi cabeza viajaba, las imágenes de mis sueños se convertían en verdaderas novelas que ocupaban todo mi espacio mental mientras mecánicamente llenaba cuadernos de planas, sacaba punta a los lápices, me quedaba absorta mirando a la maestra, como si sus palabras pronunciaran la mayor de las verdades. En realidad no la oía, probablemente tampoco la miraba, yo no estaba allí, viajaba.

Por eso, cuando inventaban para mí esa extraña tarea de convertirme en una especie de “ordenadora” de los dispersos, sedante de los intranquilos, agüita mansa

de los aventureros, creo que mis maestras no sabían lo que hacían. Buena parte de mi serenidad era falsa, era, es, eso que en lenguaje del refranero popular se llama “llevar la procesión por dentro”, o más bien aquello de: “líbreme Dios del agua mansa, que de la brava me libro yo”. Insisto en que mis maestras no estaban en capacidad de captar tal cosa, de manera que allí estaba yo, con el más díscolo de la clase, sentado a mi diestra, y ella llena de esperanzas, haciendo votos para verme convertir al travieso en una inofensiva ovejita.

La segunda parte de la historia general podía tener dos lecturas: por una parte podría decirles que con frecuencia, las maestras y otros adultos, quedaban conformes con mi acción. Las apariencias decían que el susodicho travieso había pasado a ser un muchachito “juicioso”, que sabía hasta saludar y sonreír con respeto, que permanecía más tiempo del horario escolar, aparentemente concentrado en las tareas asignadas por la autoridad del salón y, con frecuencia, hasta su aspecto físico entraba con más facilidad en las convencionales normas del arreglo personal. Como pueden suponer todo parecía perfecto y el método “didáctico” señala sus frutos, como la pedagoga había planificado.

Pero...y aquí vamos a otra lectura de la situación: la verdad, el trasfondo profundo de los hechos era otro.

Mi historia con Espinoza se remite a unos de estos capítulos de espinosa esencia. Espinoza era uno de mis compañeritos de quinto grado, tendría entonces, a lo sumo, unos diez años igual que yo.

De Espinoza recuerdo sus enormes ojos marrones, una blancura excesiva de piel, una risa sonora y constante, y una abundante cabellera que siempre llevaba peinada hacia atrás, tan brillante como si usara gelatina en ella.

La maestra habló, pues, con Espinoza, y nos colocó a ambos juntos en uno de esos pupitres dobles, de recia madera y noble brillo que no puedo olvidar, igual que a Espinoza.

Los creyones de cera se convirtieron en la antena que inició nuestra cercanía, yo tenía una caja grande con mucha variedad de matices y Espinoza comenzó por expresar su disfrute por la pasión con la cual yo intentaba colorear cuanto dibujo mandaba a hacer la maestra.

Progresivamente fue desviando su tenacidad por las ligas y los taquitos, por el inicio en profundos anaranjados o el expandirse en ampulosos azules de mar. Espinoza, en medio de mis silencios, los cuales intentaba romper con chistes continuos o picaditas de ojo que me desconcertaban, empezó a desarrollar una curiosidad, inesperada para mí timidez, por cuanto cosa yo hacía. De ese modo mis dibujos pasaron a ser obra a cuatro manos, y las tareas escolares en las cuales él tenía dificultades fueron muy pronto también mis tareas.

Duplicar mi trabajo no me causaba mayor percance; para ser sincera, creo que aprendí a disfrutar aquel asunto dado que, a cambio recibía su cercanía con olor a agua colonia Jean Marie Farina, y el roce de sus mangas largas, de aquellas camisas de kaki del uniforme de los varones, también con rigurosas corbatas en la misma tela. Las enormes pestañas de Espinoza y el calor de sus sabrosas ocurrencias bien valían un 20 para él en la clase de composición, asunto que para mí era pan comido. Valía el escucharle decirme al oído cual sería su próxima fechoría a la silla de la maestra, lo que equivalía sin discusión y sin que ni siquiera él lo propusiera el resolver su dibujo del aparato digestivo, con señales y todo de boca, faringe, esófago, estómago e intestinos, todo numerado y a color.

La cosa se puso aun más afanosa cuando papá, en una tarde solemne, nos anunció a todos en casa que muy pronto nos veríamos obligados a cambiar de ciudad, dado que razones laborales (o del comer para vivir) nos llevaban a ello. Recuerdo que las únicas palabras que mi cabeza iluminó como un enorme aviso en pantalla panorámica, decían: –¡¿Y Espinoza?!– en el más intenso color púrpura de lápiz de cera que puede imaginarse.

Las semanas que siguieron a la información de nuestro próximo viaje se me convirtieron en un respirar para sentir a Espinoza, y para colmo sin poder decirle nada, o sencillamente, sin saber que esas cosas pueden decirse, aunque de nada sirva tal hecho.

Presiento que no hubo despedida.

Salimos de la escuela para siempre en esa ciudad un diciembre, en enero siguiente ya vivíamos en otra ciudad; guardo un recuerdo un tanto difuso de la fiesta de despedida de ese año. La maestra (la misma indefensa y elemental) me dejó cuidando el salón en donde las moscas merodeaban sobre los pasteles y las chucherías, mientras los otros niños bajaban a bailar al salón grande (ella, la maestra, suponía que a mí no me interesaba eso). Desde la baranda del balcón recuerdo me dedique a mirar a Espinoza bailando como un trompo, pero no como un trompo cualquiera sino como uno fino y elegante, con punta alargada y diestra, se reía con alegría y cuando me distinguió con mi cabeza apoyada a la baranda, subió corriendo las escaleras y sin que las maestras y los adultos se dieran cuenta, se metió al salón conmigo. Hizo todas las bromas que se le ocurrieron: abrió los regalos de todos e hizo desastres intercambiando cosas, le pegó algunas moscas a la torta y probó las chucherías, después insistió en hacerme bajar y hasta intentó hacerme bailar un poquito.

De esa tarde guardo impresos en mi memoria los enormes ojos de Espinoza, junto a su sonrisa. Después todo fue subir al autobús de la escuela y acaso algunas palabras sin sentido que luego olvidé.

Con el correr del tiempo y los avatares de la vida he llegado a comprender entonces que, para mí, eso que llaman el deseo se parecerá siempre a un Espinoza díscolo, sonriéndome desde la distancia de su lápiz azul de cera, en el justo instante en que pretende colorear un imposible horizonte marino.

CABALLERO DE BIZANCIO

“Como una góndola de verdes frutos perfumados,
Deslizándose por los canales venecianos,
Tú la exquisita,
Has entrado en mi ciudad desolada”.

Richard Aldington

Yo abro la puerta y está usted. La cabellera le llega hasta la cintura. Debajo está la camisa a cuadros y las manos de dedos finos. Anteojos cuadrados: ojos oblicuos. Blue-jeans y una blancura inusual en la piel. Yo que abro la puerta, que pase, –ah, sí, es usted el de la carta– (¿tú? ¿usted...? bueno), y que sí, y que...

–¿Qué te parece si estamos en la cocina? –la tablita para cortar el tomate, el pepino, el cuchillo... y los ojos mirando y mirando.

–¿Comes arroz?

–Cualquier cosa.

–Tú... ¿no hablas?

–Te estoy mirando.

–Humo...

–Suponte que tienes cuatro años buscando a alguien.

Los cuadros rojos de la camisa tienen una extraordinaria habilidad, terminan en brazos largos de finos dedos.

De manera que tocas flauta travesa en la Sinfónica Juvenil, esa que sale todos los días en los periódicos y los músicos aparecen como si todos fueran virtuosos, orgullo del país, metidos en cajones de gruesa madera con rótulos: “Trátese con cuidado”, “Frágil”; y es como Mozart o descubrir a Berlín con la neblina, muchacho flaco con frac negro, violín al hombro y un rostro transparente. Ante ella el desconcierto: él no es rubio, no débil, no transparente, y... ¡es músico y toca flauta travesa (la de tapitas)! Y además fue a Escocia (en donde están los tipos con faldita y gaitas, la gente toma y canta y hay flores raras...).

Resulta que volvemos al tiempo real, de la cocina y la tabla de picar y está aquí frente a ti viéndote cortar el tomate, y lo primero que se le ocurre justo allí es

preguntarte: –¿A qué país te gustaría ir...? así, como si soñaras– y uno con terror vergonzoso. (Porque le asalta el complejito de culpa con golpes de pecho y todo de haber tenido papá y mamá y escuela y libros de cuento y una infancia con Chaplin y algodón de azúcar) y dice: –A... Dinamarca, así de golpe, con todo el peso de la nieve y la irrealidad encima.

–Por los cuentos de Andersen, ¿verdad?

–Pues claro, sí, es eso, pero... ¿cómo lo supiste?

–Porque yo también quiero ir a Dinamarca.

Y se te baja el sustico del centro del estómago, te sientes como cómoda, como del mismo tamaño pues.

Y después él viene y te dice: – ¿Te fijaste en que mis manos son del mismo tamaño de las tuyas?

–...

–Y... como que tienes hasta las rayitas de la misma forma.

Y ¿qué significan las rayitas del antes y las rayitas del después?, eso está comprendido dentro de la magia. Es decir: ahora de inmediato hay que explicar, a principios del relato, por qué estos dos personajes se encontraron, cómo se produjo esta cita que repercutió en cocina y Dinamarca, y tabla de cortar tomates y manos iguales. Descrita la puerta abierta, el personaje que entra y cinematográficamente lo hemos trasladado a la cocina y ubicado al otro lado de la tablita de cortar (otro lado en relación a ella, dueña de la casa), y ella con un cuchillo de sierrita corta tomate. Hay una relación de pasado que introducirá este primer diálogo, pero ese pasado tiene a su vez diversos estadios, a saber:

a) La semana pasada, cuando el personaje dos (ella) regresó de la playa (¿interesa decir que estaba en la playa?), se encontró debajo de su puerta una carta del personaje uno, quien es, hasta ese momento, un ser anónimo, desconocido.

b) El pasado anterior, es decir ¿por qué este personaje uno, del cabello largo y la camisa a cuadros viene a escribir esa carta que lo llevará a la comunicación directa con el personaje dos (la que en el presente corta tomate)?

Lo que podemos explicar en este momento depende de lo que el personaje uno decida decir en la cocina (puesto que es él quien tiene algo que decir). El personaje dos está a la expectativa, no pregunta porque sabe que la historia aparecerá, flotará, surgirá por razones naturales. El asunto es el siguiente: ¿Esto lo debe resolver el personaje del cabello largo o lo debe solucionar el escritor?

–¿Leíste “Las Mil y una Noches” cuando estabas pequeña?

–Sí..

–Y... cuando lo leías ¿no te daban pesadillas?

–Si, claro.

–¿Con qué?

–Con... ¡el Ave Roc!, con los viajes de Simbad, con... ¡tanto mago!

–Y¿qué hiciste con el libro?

–Lo mojé... bueno en realidad se mojó con la lluvia, pero... yo quería tirarlo por el balcón sin que mi papá se diera cuenta, no quería que supiera que me asustaba.

–Eso fue en el balcón del edificio Floral Park, cerca de la iglesia San Pedro en los Chaguaramos.

–¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

–Yo tiré el mío por el hueco de la basura del Floral Park, porque tenía pesadillas con el Ave Roc, era demasiado grande el Ave Roc.

–No es eso, es otra cosa extraña, yo me imaginaba un Ave Roc distinta de la que salía en los dibujos del libro.

–Claro, sí

–Oye, pero, ¿cómo es eso de que tú vivías también en el Floral Park?

–Magia, todo es magia. Y lo dice con un gesto displicente y sencillo, como si se tratara de algo absolutamente normal y a la vez como si esa fuera la clave de su visita.

–Hummm... ¿tú papá era un tipo de bigotes?

–Sí, nosotros vivíamos en el primer piso y ustedes en el cuarto.

–Cuéntame más para recordarlo.

– u mamá compraba la carne en la carnicería de enfrente, la de Agustín. Los portugueses del abasto se llamaban Ignacio y Manuel.

–Sí, al lado del abasto había una tapicería, yo veía cómo forraban los muebles mientras esperaba el autobús de la escuela.

–Tu hermano jugaba con unos avioncitos que yo le envidiaba mucho, una vez se le cayó uno en el balcón de mi casa y a mí me costó devolvérselo.

–Ustedes eran cinco hermanitos, todos seguidos... tu mamá estaba embarazada, todos eran igualitos.

–Tú y tu hermana usaban un uniforme blanco con bordes rojos para ir a la escuela y esperaban el autobús frente al edificio... tenían unos bultos grandíiiiiisimos.

–Es cierto, sí.

–¿Por qué me acuerdo de un señor a quien una noche...?

–¡Ya sé, sigue!

–Le pasaba algo, salió gritando al jardín posterior del edificio, yo estaba en el balcón jugando con mis muñecas y me asusté.

–Le dio una crisis nerviosa, tenía mucho tiempo sin trabajar, mi papá era profesor de matemáticas en un liceo y... como no estaba con el gobierno, lo tenían jodido.

–Tu mamá lloraba tratando de abrazarlo para que no gritara... mi papá se acercó y mucha gente del edificio.

–A nosotros nos metió para dentro de mi abuelita, no quería que viéramos lo de papá.

–Cuando mi papá subió yo le pregunté si el señor del primer piso se había vuelto loco... y él, muy serio, me dijo que no, y que lo que le había pasado a ese le podía ocurrir a él en cualquier momento también... mi papá también estaba sin empleo, lo habían botado de los periódicos.

–Claro, eso fue el inicio de los años sesenta, con Betancourt, tu papá era comunista.

–A esa edad uno tiene una noción tan fragmentaria de las cosas.

–Mi mamá a nosotros tenía que dejarnos solos en el apartamento... una vez me empeñé en sacar a mi hermanito del corral, me ayudó el otro, el que me sigue en tamaño, pero después que con un gran esfuerzo lo logramos él se puso a llorar porque quería volver dentro, ahora no sabíamos cómo meterlo. Mi hermano se metió dentro del corral para que yo le pasara al chiquito, y cuando lo hicimos no recuerdo por cual razón la cabeza se le quedó atorada entre los barrotes, nos asustamos mucho. Mi mamá me cuenta que ella subió corriendo porque unas vecinas le dijeron que nosotros pedíamos auxilio desde el balcón.

–¡Ustedes eran terribles!... y todos seguiditos, a tu mamá se le veía siempre con la barriga, un cochecito y los otros alrededor.

–Ella es una gran tipa, deberías conocerla ahora... Tú sabes que me despierta todas las mañanas con esa canción... ¡"Mi pueblo blanco", la canción de Joan Manuel Serrat.

–¿Cuál es esa?

–La que dice (canta). “Colgado de un barranco/ duerme mi pueblo blanco/ bajo un cielo que a fuerza de no ver nunca el mar/ se olvidó de llorar,/ Por sus callejas de polvo y piedra/ no pasa ni pasó la guerra/ sólo el olvido...”.

–Es muy triste esa canción... ¿por qué te pone precisamente esa?

–Bueno la cosa empezó porque cuando yo me levantaba siempre le cantaba a ella un pedacito de esa canción, ahora ella me lo hace a mí.

–Quieres decir muchas cosas con esa canción.

–Mamá es tan suspicaz que sabe cuándo amanezco triste o no según la cara que pongo escuchando la canción. Ella tiene mucho sentido musical... al lado de mi cama están los cocos, tú sabes, los cocos, ese instrumento con cocos distintos tamaños uno al lado del otro.

–Ya sé.

–Ella coge los palillos y se pone a tocar, lo hace muy bien, con ritmo... siempre tiene buen humor.

–¿Siempre has vivido en tu casa?

–No... tuve un tiempo con una compañera y otra pareja, vivíamos haciendo locuras, nos metimos en negocios extrañísimos... figúrate que hacíamos botones de ascensor... ¡Imagínate eso! ¡Nada menos que botones de ascensor.

–Y ¿cómo se hacen? ¿Con qué?

–Con moldes... Recuerdo que un día llegué a casa viendo todo aquel desastre de pintura en el piso, potes y potes colocados en fila india, pedazos de plástico pegados en todas partes, manchas, pegostes de colores... Pensé que debíamos empezar a hacer otra cosa para vivir... hicimos artesanía en cuero, joyas, mil cosas para conseguir dinero, además lavábamos, cocinábamos, todo...

–Oye, ¿quieres un café?

–Claro, sí... ¿puedo poner música?

–No lo preguntes.

–Tú tienes exactamente la música que yo suponía que tendrías.

–¡Ah! ¿sí?... ¿Qué, por ejemplo?

–Bueno todas las cosas de Serrat, Mundo Salvaje de Cat Steven, los brasileños: Vinicius, Chico Buarque de Holanda, María Bethania... Paco Ibáñez, Bola de Nieve, Mozart y Mahler, los Fania... todo. Hice bien en no traerte un disco... no sabía en realidad qué traerte, di mil vueltas para escoger. Como suponía que te gustaba todo lo que a mi, se me hizo muy difícil elegir. Entonces pensé en un libro y era el mismo problema. Sin embargo se me ocurrió algo... ¿Has leído a Nazim Hikmet?

–Si tengo un libro... ¡“Poemas del Exilio”!

–Bueno, ¡toma...! Él ha revisado su morral y de allí saca aquel pequeño ejemplar de tapas negras que ella tomará con delicadeza para hojearlo y leer:

Antología de poesía de Nazim Hikmet. Suena algo en el aire (¿la Kreisleriana de Schuman?). La cámara se aleja y la pareja se disuelve en un mundo de gestos suaves, en las palabras que flotan confundándose entre las notas del piano, flotando, flotantes...

Llega la tarde, la define un gris plomizo sobre todas las cosas, desde la ventana la conversación continúa entre intervalos de silencio cálido y cómplice. Están pasando los ángeles.

Estoy escribiendo una canción que te va a gustar, dice así: “/Con real y medio compré un locomotora, la locomotora tuvo una locomotorita, tengo la locomotora, tengo la locomotorita y siempre tengo mi real y medio/”

Ella se ríe a carcajadas, sentada en el suelo, desde allí mirándolo, mientras él de pie canta en tono burlón y

gestual. El juego se prolonga, los brazos hacen la pantomima de la guitarra.

–Con real y medio compré un grabador de cassette y el grabador tuvo un grabadorcito, tengo el grabador de cassette, tengo mi grabadorcito y siempre tengo mi real y medio...

–¡Yaaaaa, te pasaste, ja, ja, ja! Ella se pone de pie y lo empuja, siempre riéndose y jugando. Ahora tienen siete años, son dos niños jubilosos.

–Está bien, no te gusta mi canción... ja, ja, ja,

–¿No quieres ver mis títeres?

–¡Claro que sí!

–Anoche montamos una función en Maracay, es la historia de un árbol que además de sombra da sombreros y vive en el barrio Caña de Azúcar... éste es el sombrerero y estos son los guantes del árbol... estos son los sombreritos que da cuando está bien, y estos estropeados, tristes, son los que da cuando se los roba el señor Platini.

–¿Quién es Platini?

–El Malo de cuento.

–¡Ah...! ¿Y qué pasa después?

–Bueno, que llega el viento... que soy yo en este cuento, y vuela todos los sombreros para que Platini no pueda agarrarlos y ayudo siempre soplando a que el árbol vuelva al barrio Caña de Azúcar.

El Caballero de Bizancio toma al señor Platini en su mano y colocándoselo comienza a hacerlo hablar.

–¡Pero que se creará el arbolito ése, ¿pensará que puede disponer de sus sombreros como le dé la gana? ¿Y los que construimos el capital qué? ¿Pretenderá vivir sin nosotros? ¡Está loco!

–Caray, lo haces muy bien, vayaaaaa...

–Ven, chica, vamos a oír música.

Los dos dirigen de nuevo a la salida llena de plantas y muñecos, hay como un aire de fiesta en todas las partes.

–¿Tú supiste de la vez que vino el Mongo Santamaría a Caracas?

–Sí, a mí me gusta mucho el Mongo.

–En una función yo me subí al entarimado y toqué bongo con ellos, fue increíble.

–Parece que eso de verdad lo tenemos por dentro, el ritmo está en nosotros, hasta hablamos con música y tambores, siempre percusión...

–¿Sabes que yo doy clases en un liceo, de música...? Me divierto mucho con el grupo, se trata precisamente de eso, de demostraciones que la música está en todas partes y en todos los momentos del día, en los ruidos de la calle y de la casa... ellos responden bien, los que me fastidian son los otros profesores, pero son de esas cosas cargosas de las que es mejor no hablar...

–Es un problema de maneras de ver el mundo.

–Sí... ¡Ah!, ¿y qué hora es?

–Humo... las cuatro.

–¡Caray!, como pasó el tiempo, yo debería de estar ensayando... ¡Ah! No te dije que yo toco con el conjunto que acompaña al grupo de danza que se presenta hoy aquí, esta noche ¡podríamos ir juntos!

–Buena idea, yo nunca he visto lo que hace ese grupo.

Mi amigo nuevo tiene aire de caballero barroco con actitudes renacentista... Ahora pasa de un tema a otro como por descuido. Sus dedos finos ponen en orden una cabellera que ya llega hasta la cintura y los lentes pequeños producen la sensación de que los ojos desaparecen intensos y dulces en cada giro nuevo de la conversación.

–¿Conociste Escocia?

–No, cuando fui a Europa solo estuve en Italia y no vi mucho porque me enfermé.

–¿Qué te ocurrió?

–Me enfermé... es largo de contar... estuve en un hospital un tiempo... no quiero hablar de eso.

–Hummmmm...

–¿Y tú? ¿Estuviste en Escocia?

–Sí, es muy bella, deberías conocerla... es como un gran bosque, lleno de distintos verdes... y la gente... ¡Me sentía como en una fiesta!, era todo fresco y hermoso. Provoca tumbarse sobre las hondonadas verdes y sentir la humedad de las hojas, la luz del sol, caen rayitos finos, botones de líneas delgaditas que te cubren y quieres correr, trotar, dar brincos altísimos, hay un brillo en todas partes... parece que hasta el viento tuviera color. Se siente uno como... ¡pleno!, eso que llaman sentirse pleno...

–¿Fuiste con la Sinfónica Juvenil?

–Sí, pero yo me les escapé por unas horas. Escocia es para que la veas solo, así, descubriéndola a viva piel.

–¿Qué otros lugares conociste?

–¿Tú viviste en Roma, verdad?... A que adivino a qué lugar ibas los domingos.

–¡Ja, ja, ja...! No lo creo.

–Es muy fácil saberlo, sólo tengo que pensar en un lugar al cual yo hubiera querido ir los domingos.

–¿Crees que hasta allí llegue la magia?

El caballero de Bizancio está sentado sobre la alfombra azul y con el torso inclinado y la cascada de cabellos oscuros simula dibujar un mapa sobre la superficie rugosa, su camisa tiene cuadros rojos y blancos.

–Aquí está Piazza del Popolo.

–Ajá.

–Éste es un espacio en donde hay varios cafés con las mesitas afuera, y los domingos del verano se llenan de sol.

- Y por aquí hay una subidita.
- La del parque.
- Sí, allí arriba hay como un mirador desde donde ves toda Roma.
- Y hay lagos artificiales y muchos árboles.
- Y funciones de títeres como las de la Comedia del Arte.
- El cielo se siente muy cerca.
- ¿Ves? Adiviné.
- Sí, es cierto, adivinaste.

Ahora están en la salita acondicionada para la función, un salto en el tiempo, un salto en el espacio. Ha llegado la noche, mi amigo está en el centro de la tarima.

Tiene nuevamente el cabello suelto y se mueve enérgicamente dando indicaciones a Lisandro, al Enano y a los otros músicos.

El piso es de madera y la tarima de los músicos tiene una cierta distancia del destinado a las bailarinas.

Un sintetizador, los cocos... No puedes determinar con exactitud cuáles son los otros instrumentos en la tarima, los oigo sonar y producen vibraciones en ondas distintas, podría llevar la sensación a las dimensiones del espacio circundante.

Las muchachas se mueven al compás y el público, sentado en su mayoría en el suelo, pierde la noción del espacio y el tiempo. La ventana señala que afuera anochece con intensidad. Cuando todo termina hay una sensación de vacío, propia del final de todo espectáculo, se acaba la atmósfera creada y todos recuperan sus nombres y gestos habituales, hasta la manera de sonreír y caminar. Uno no sabe si la magia es de la escena o es creada por quien mira. Entonces no sé si quedarme y esperar a que mi amigo salga o

irme para conservar esa magia (la del largo día de palabras y la de haberlo visto allá en la tarima).

Ahora estamos caminando por ese pedazo de inicio de la autopista, ese del vendedor de flores quien permanece hasta las seis de la tarde con sus ramos de todos los colores colocados cuidadosamente en fila, desapareciendo siempre a la misma hora sin que nadie perciba la recogida.

Es de noche (¿las diez?) hay poco tráfico y nada de gente. Mi amigo, Caballero de Bizancio, lleva su morral a la espalda, y lo lleva como si no llevara nada, aunque a ratos se dobla un poquito para coger impulso inicial. El cabello lo recogió con una cinta y los lentes están muy firmes sobre la nariz. Mientras habla, a veces, arruga el entrecejo y los ojos se le ven más pequeños, en un gesto inconsciente continuo. El cielo está despejado, por segundos nos detenemos a distinguir la Osa Mayor, la Osa Menor... y puede uno estar así detenido en un punto cualquiera de la calle, allí, y sentir que nada se mueve alrededor ni tiene por qué moverse, y el mundo y la vida y las canciones valen lo que este segundo descubriendo muy alto allá a la Osa Mayor o la Osa Menor.

Mi amigo barroco-renacentista está sentado en la cama sin su camisa y el cabello hasta la cintura, mi amigo tiene una mirada que se pierde en no se sabe qué aguas tranquilas y me mira y está tan dulce desde su cama de domingo, después de largas horas de sueño en donde seguramente Escocia, los violines, las flautas, las flores de la infancia, el balcón, la primera novia, el primer trago amargo, los botones de ascensor, "Rompe Saraguey", "Yesterday", "El periódico de ayer" y el Mongo Santamaría tuvieron algo que ver.

Mi amigo Caballero Bizancio se ha puesto de pie y camina por la casa sin camisa, blanco como la leche, apenas colocados los anteojos y el cabello largo

enmarañado, mirando todo sutilmente, lentamente, como si quisiera llevarse adentro cada imagen... Detén la cámara: toma 1: las muñecas de trapo; toma 2: la alfombra azul, cojines hechos por la hermanita menor; toma 3: cocina de dos hornillas y una tablita para cortar verduras; toma 4: dragón colgado del techo; toma 5: papagayo en forma de estrella..

Mi amigo tomará algo de desayuno mientras hablamos de recuerdos, de presente y de futuro, extasiados en delicadas imágenes de calidez virtual. Hay mermelada de moras sobre la mesa, queso blanco, ensalada, huevos, café (podría ser cualquier cosa), escuchamos: “Mundo Salvaje” de Cat Steven y luego “Esperanza Perdida” en la voz de Joao Guilberto. Mi amigo lleva un blue-jeans suave de uso y habla con gesto energético y con una definitiva seguridad de todo lo que dice.

Caballero de Bizancio, somos artífices de una nueva mirada al mundo.

–¿Siempre miras así?

–¿Cómo?

–Así

–¿Humo?

–No sé, tienes un aire triste, tus ojos son tristes.

–La gente siempre me dice eso, que tengo los ojos tristes.

–¿Sabes que a mi también...? Mis ojos son como los tuyos... Hace cuatro años me propuse conocerte. Por lo menos saber como se movían tus ojos y cómo se llenaban o vaciaban tus gestos con las palabras. Hace cuatro años sucedió algo que siempre quise contarte. Después sucedieron tantas cosas.. y en realidad ya no pude preocuparme mucho por buscarte. Y hoy, que te consigo, que te vengo a buscar, que estoy por fin sentado frente a tu puerta (la sensación es la de un perrito a quien dejaron

afuera, desde el piso él la mira y no le importa porque sabe que lo único que se interpone entre la casa y la calle es esa puerta llena de olores y sonidos evocados), siento un poco que es bueno no haberte encontrado, porque así esta hermosa magia se hace más larga y más intensa. Además ¿cómo iba a poderte contar lo que quiero a los pocos segundos de verte? Quizás te extrañe todo esto, pero estoy seguro de que cuando hablemos te va a parecer muy familiar. No hay nada raro. Todo es evidente.

–No sé si esperarte... No sé qué más decirte en este papel.

–Así como ahora respiro delante de tu puerta, así la recordaré... Nos veremos...

A mi amigo el Caballero de Bizancio le cuesta despedirse porque tres días son suficientes para llenar la vida y probar la existencia de la magia. Y con el morral en la espalda y el cabello a la cintura, deja que yo vea la humedad tibiecita en sus ojos mientras me besa dulcemente...

ÍNDICE

Las piernas del blue-jean	2
Nacida para perder	8
Un imposible espinoso horizonte marino	13
Caballero de Bizancio	19

© De la edición, Caravasar Libros (2018)

© De la edición, Laura Antillano (2018)

Portada y diseño: Armando José Sequera

Los relatos “Las piernas del blue-jeans” y “Nacida para perder” forman parte del libro de la autora **Cuentos de Película**, Fundación Cinemateca Nacional, Caracas, 1997.

Obra para la promoción de la lectura

Distribución gratuita

SE PROHIBE SU VENTA

El catálogo de **CARAVASAR LIBROS** es enteramente gratuito y, para obtener sus títulos, no es necesario ningún pago o compromiso, ni en el momento, ni posterior.

Tampoco hay límite en la cantidad de libros o cuadernos que pueden bajarse de una vez.

Nuestros propósitos son la promoción de la lectura y la difusión del arte literario.

Para bajar las obras disponibles sólo debe hacer click en la siguiente dirección electrónica:

<http://www.caravasarlibros.wordpress.com/>



Laura Antillano (Caracas, 8 de agosto de 1950). Escritora, periodista y profesora universitaria venezolana, autora de novelas, cuentos, poemas, ensayos, entrevistas y crónicas, así como de guiones de cine, radio y televisión. También es tutora de talleres de escritura creativa.

Ganadora de los siguientes premios: Concurso de Cuentos del diario **El Nacional** (1977); Mejor Guión en el Festival Internacional de Cine de Mérida, Venezuela (1986); Bienal José Rafael Pocaterra, mención Poesía, (2004) y Premio Nacional de Cultura, Mención Literatura (2015)).

Entre sus libros destacan: en cuento, **La bella época** (1969); **Cuentos de película** (1985); **La luna no es de pan de horno** (1988) y **¿Cenan los tigres la noche de Navidad?** (1990). En novela, **Perfume de gardenias** (1982); **Solitaria, solidaria** (1990); **Diana en la tierra wayúu** (1992); **Las aguas tenían reflejos de plata** (2002); y **Emilio en busca del enmascarado de plata** (2005). En ensayo: **Los niños y la literatura** (1978); **Literatura infantil e ideología** (1987) y **La aventura de leer** (2005).

Compiladora de las antologías de cuentos venezolanos para niños: **Espigas blancas en el corazón del tiempo** (2005) y **Leer a la orilla del cielo** (2008).

Preside la Fundación La Letra Voladora y coordina el Encuentro con la Literatura y el Audiovisual para niños y jóvenes en Venezuela, evento realizado durante 12 años consecutivos entre 2006 y 2017. Realiza las selecciones de poesía para la infancia de la colección **Poesía** del Centro Nacional del Libro en Venezuela.

CARAVASAR LIBROS